

Lucía Baquedano Azcona

Escritora, Navarra

Abre un libro, abre el mundo

-¿Por qué no lees algo? El tiempo no se te haría tan largo –dijo mi padre dejándome unos cuantos libros sobre la mesa.

Le lancé una mirada aplastante. ¿Es que aquella media docena de libros me devolvería el viaje que me había perdido? Las dos piernas y los dos pies. Las dos piernas y los dos pies nada menos me había roto cuando la moto de Óscar fue a patinar en el único charco grasiento de la calle. Y él, nada, ¿puede haber una injusticia mayor? ¿No podíamos haber repartido las fracturas? Pues no. Los fémures y los astrágalos, como decía el médico, eran los míos, enfundados ahora en escayola, sin poder pisar ninguno de los lugares planeados en el tan deseado viaje de vacaciones.

De ira, rechinaban mis dientes imaginando el disfrute de mis amigos, mientras el único horizonte de mi vida se limitaba al techo de mi habitación. Y encima viene mi padre con seis libros. Ni siquiera sabía si me gustaba o no leer. Leía, sí, lo que nos mandaban en el instituto y hacía después los comentarios sin dificultad, pero eso de pensar en leer por distracción se me antojaba como ponerme a resolver ecuaciones a modo de entretenimiento. Ni los miré.

Sucumbí el cuarto día. Era tan grande el tedio que alargué la mano y cogí un libro sin mirar siquiera el título:

“Yo, Robinson Crusoe, habiendo naufragado...”

Naturalmente sabía quién era Robinson, pero nunca me había adentrado en una isla desierta ni hubiera sido capaz de sobrevivir en ella, pero de pronto, tras la lectura de una cuantas páginas me encontré junto a Robinson, recorriéndola primero y asentándonos después en lugar seguro. Cacé y pesqué a su lado, y hasta me parecía percibir el olor de los asados. Me sorprendió tanto como a él la aparición de Viernes. Me dio pena, sí señor, el momento del rescate, y me sorprendí ante mis dudas. ¿Lo acompañaría, o me quedaría en la paradisíaca isla?

No quise reconocer ¡estaría bueno! Que aquella tarde y con un libro, había llegado a olvidar mis desgraciadas piernas y el frustrado viaje, pero al día siguiente me hundí en “Los pilares de la tierra”, y así comencé a apasionarme ante algo a lo que nunca había prestado atención: la construcción de una catedral. Recordé las que había visto sin reparar en la escasez de medios de la época en que se construyeron y empecé a pensar en grandes piedras transportadas en carros tirados por bueyes y talladas a cincel, que se convertirían en magníficas obras de arte admiradas siglos y siglos después. La novela era larga, lo que no hacía mucho tiempo hubiera calificado de tocho, pero la terminé enseguida y cuando la cerré, me pareció que ningún libro podría gustarme tanto como aquel, así que volví a mirar al techo. Pero algo comenzó a bullir en mi interior que me impulsó a leer de nuevo. Conocí esa tarde al Estudiante de Salamanca, el libertino don Félix de Montemar que un día se cruzó con su propio entierro cuando el diablo fue a buscarlo. Y me pregunté también si serían las aguas del Mar Negro las que surcaban el bajel del Capitán Pirata, cuando sentado alegre en la popa veía Asia a un lado, al otro Europa, y allá a su frente Estambul.

Alterné al día siguiente con la alegre y despreocupada sociedad inglesa descrita por Woodehouse y reí a carcajadas con los tejemanejes del mayordomo Jeeves, siempre presto a sacar de apuros a su señorito. Por el contrario, me aturdió otra sociedad inglesa, la de Jane Austen y sus jóvenes mujeres, sin más formación que la de tocar el piano, por lo que su porvenir era tan sólo un marido, más soñado por sus progenitores que por ellas mismas.

-¿Es que no ves que está anocheciendo? ¿Cómo puedes leer sin luz? – dijo un día mi madre dando al interruptor.

Ella no sabía, ¿cómo iba a saber que en aquel momento amanecía en la granja de África de Isak Dinesen, bañando de luz pastizales y plantaciones de café, o que tal vez refulgía al sol La Perla devuelta al mar por el atribulado Kino, que acababa de perder a Coyotito?

Aquellos seis primeros libros de mi mesa dejaron paso a otros. Pude conversar con Ana Frank y Thomas Mann me llevó a su Montaña Mágica, donde otros encamados como yo trataban de aceptar su sino, Dickens me introdujo en el Club Pickwick, Süskind me habló de olores, y supe de sabores al leer “Como agua para el chocolate”. Me estremeció la maldición del amoral Dorian Gray que se mantuvo joven mientras la implacable vejez se plasmaba en su retrato. Supe de magos, caballeros, maestros de escuela y conquistadores, de clérigos, espías, políticos y truhanes, y ante aquel mundo que iba surgiendo ante mí, empecé a preguntarme cómo había podido vivir tanto tiempo sin leer. Los libros entraban y salían de mi habitación dejando tras de sí el recuerdo de estepas siberianas, desiertos africanos y cumbres nevadas haciéndome olvidar el techo de mi habitación, mis fémures y mis astrágalos. Pensaba en mis compañeros que trabajarían excavando la tierra en busca de pequeños pedazos de vasijas que darían a conocer civilizaciones pasadas. Claro que pensaba en ellos. Deseaba además que disfrutaran mucho en el campo de trabajo ¿cómo no iba a desearlo si eran mis amigos?

Pero curiosamente, había desaparecido en mí la frustración que me invadió tras el accidente. Me libré de ella el día en que contemplando la nueva pila de libros en mi mesa me pareció que se había convertido en un rascacielos. Un rascacielos altísimo, lleno de ventanas que yo podía ir abriendo una a una para desde ellas contemplar mil mundos diferentes.